

CELCIT. Dramática Latinoamericana 205

VOTO Y MADRUGO

Alejandro Finzi

PERSONAJES: 4

Jeremías, oficios varios

Crescencio, meteorólogo

Magallanes, la pulga andaluza

Blake, el bicho de tres cabezas

A José Luis Valenzuela

A los pegadores de carteles en la madrugada de Buenos Aires

INDICACIONES PARA UNA PUESTA EN ESCENA

- Debe prestarse particular atención a los decorados sonoros propuestos a lo largo de la obra.

- La inmovilidad de Blake es absoluta.

- A Magallanes, claro está, no se la ve; pero escucharla, se la escucha muy bien.

- En la Tate Gallery de Londres se encuentra el único retrato existente de Blake.

Lleva por título "El cancerbero" y es obra de William Blake.

- El cartel de Jeremías dice "VOTE A FERNANDO DA GRACIA. ESPERANZA.

TRABAJO. DEMOCRACIA". El de Crescencio: "VOTE A CARLOS TRANZA.

DEMOCRACIA. TRABAJO. ESPERANZA. Los nombres de "Fernando" y "Carlos", qué duda cabe, podrán ser otros. Aquello que prometen los carteles es, desde hace mucho, siempre lo mismo.

- Cartón de luna ,cartón de sol. El mismo paredón, por lo demás, puede ser construido de retazos, y lo que se encuentre en el depósito de las ilusiones.

- El personaje de Crescencio debe ser interpretado por una actriz. - Tanto el sol

como la luna pueden deslizarse por un alambre que cruce el paredón como cable de tendido urbano.

Jeremías llega con su morral, un gran rollo de carteles y un balde de engrudo. Trae, como si todo eso fuera poco, al sol. Al sol, sí, sujeto con una cadena. Lo trae con precaución, con sumo cuidado, no sea cosa que vaya a quedar encajado en ese cielo urbano, hecho por el tendido de cables telefónicos y eléctricos. Lo ata a un ladrillo medio salido de ese paredón que acaba de descubrir. De ese modo, el Astro Rey queda colgado en lo alto, y bien atado.

Luego, el joven, contento por la tarea realizada, se dispone a declamar, con gran fuerza

interpretativa, unos sentidos versos:

"...la extensión de la maquinaria y la división del trabajo
quitan a la labor del proletariado el carácter autónomo
y le hacen perder con ello todo encanto
para el obrero..."

El recitado se interrumpe porque Jeremías acaba de percatarse de que el paredón es un hallazgo mayor: ningún afiche cubre su superficie. Para él, semejante descubrimiento es una golosina:

- ¡Mío. Todo para mí!

Ahora sí, sin demoras, el cartelero se dispone, de inmediato, a acometer su labor: pega un cartel, después otro y después... Pero, no. Acaba de llegar Crescencio:

- ¡Alto, ahí. Yo lo vi primero!

Jeremías- ¡Ni un paso más!

Por supuesto que "ni un paso más", porque el recién llegado, al portar sus propios carteles y su tarro de engrudo, casi no puede andar atrapado en una maraña de rayos plateados que desciende del firmamento: Crescencio- ¡Era cuarto creciente y ya se estaba reflejando y aquí no había nadie!: es mío! ¡Lo ví primero!

Jeremías- ¿!Y quién es éste, con qué me viene?! ¿Que "yo lo ví primero"? Salga.
¡Vamos, salga!

Jeremías continúa con su tercer cartel:

Lo que hay que ver, faltaba más. No, si hay que andar con un ojo...

Crescencio busca deshacerse de los rayos: logra sujetarlos a otro ladrillón. Y es que el hombre también pretende pegar sus carteles. Deposita, con calma, el tarro de engrudo:

Crescencio- Con permiso.

Jeremías- Con permiso, nada.

Crescencio- A un lado...

Jeremías- ¿A un lado?

Crescencio- ¡Lo que digo! ¡Ya vas a ver, vos!

¿Qué necesidad hay de que la gente se grite de de esa manera? Parece que necesidad hay, porque Crescencio y Jeremías se trenzan, a cartelazo limpio y a brochazo -no tan limpio- en una guerra sin cuartel: se dan sin asco pero con engrudo.

A lo lejos se oyen sirenas:

Jeremías- ¡Un momento!

Crescencio- ¡Nada, tomá ésta!

Jeremías- Nos estamos quedando sin engrudo.

Crescencio- ¡Ah, caramba!

Jeremías- ¿Me da un poco? Todavía tengo este rollo y...

Crescencio- No va a poder ser. Ni me queda, casi. Qué vamos a hacerle, ¿no?

Sacá la brocha te digo, sacá...

El recién llegado algo reconoce, a lo lejos:

¿Ah, estabas ahí? Usted para salir se toma todo su tiempo, ¿eh? Total, que después me dicen que no alumbrás paredón de alrededores.

Crescencio se interrumpe y sale, dejando indefenso su tarro.

Sin comentarios: Jeremías, silbando bajito, como para no despertar sospechas, ya desenrolló su cuarto cartel: con brochazos de gran profesionalismo casi llega a

concluir la tarea. Pero sucede que ahí vuelve el dueño del escaso engrudo restante:

Cuarto creciente ayer, luna llena hoy, siempre una historia diferente. Vamos a ver si deja de suspirar un poco, ¿no?

Crescencio trae la luna, la cual, por sus rayos, ya está atada a aquel otro ladrillo del paredón: el satélite muestra su clarísima redondez cruzada por algún surcido y gasas flojamente pegadas con cinta adhesiva. Pero es, en definitiva, la luna: bella como siempre, melancólica, y ahora suspendida, también, detrás del muro.

Crescencio- ¿Qué mira?

Jeremías- No, disculpe. La luna. ¿Qué le pasó?

Crescencio- No, nada. Lo que pasa es que estoy viniendo del Amazonas.

Jeremías- Ah.

Crescencio- Y, por allá, cada noche, cuando sale, se queda atrapada entre guaribares, tempilios y quebracho macho, de esos que sacan púas para rascar a los jíbaros. Y ahí tiene el resultado: desastre.

Jeremías- Pobrecita.

Crescencio- Empuja, empuja, y quiere asomar al cielo, pero ya se sabe: la luna no es una estrella para que titile con el corazón de niño abortado, no: la luna guarda promesas de enamorados. A eso sale cada noche. Y lo que pasa es eso: que con tanta rama, ¿no? mire esas cicatrices. Y están las heridas que no cierran, ¿las ve?, y por ahí se van las confesiones y las promesas. Para colmo, los mensajes que le dejan los amantes, se pierden...

Jeremías- ¡El correo!

Crescencio- Sí, también correo. Por algo es una rueda que camina por el cielo. Sólo que, mírela, mírela, ella busca ascender, subir: y ahí tiene el resultado. Menos mal que siempre llevo el botiquín, yo: vendaje, acaroína en solución, el fluido Manchester, como se lo conoce. Componentes necesarios para...

Jeremías- ¿"Componentes"? Tiene razón. Con permiso.

Jeremías se va con su tarro. Crescencio, como al descuido, pega un par de carteles.

Crescencio- A ver si terminamos. Con un peso y medio que pagan, capaz que para tu bufandita me alcanza. ¿Blake? ¿Por dónde anda éste?

Se escuchan las sirenas, más cercanas.

Venga, mi bicho. ¿Me oye?

Regresa Jeremías: parece que su tarro ahora pesa un poco:

Jeremías- Permiso. Con permiso, dije. Córrase.

Crescencio- ¿Contrabando? ¡Ah, pero consiguió agua, usted!

Jeremías- Sí, de la que hay.

Crescencio- Blake, ¿oiste? Agüita. El señor encontró: venga, venga, corazón de su progenitor.

Jeremías- ¿A quien le está hablando? Ah, habla solo.... Bueno, lo dejo, tengo que volver al sur: otro trabajo: me reclaman con urgencia.

Jeremías se coloca la cincha y desata del ladrillón al sol encadenado. Crescencio- ¿Qué tuvo, que le agarró?

Jeremías- Ah, usted dice al sol...: Está empetrolado. Eso, nomás. Por un derrame en alta mar. Y con el peso se me iba a hundir y después qué hace, dígame. No puede amanecer. Así que tuve que partir, dar una vuelta, cosa que vaya mejorándose. Andar, respirar otro aire, eso le hace bien.

Antes de marcharse busca una cajita, la abre.

Ya salimos, Magallanes.

Y la cierra, guardándola de nuevo en el morral. Parte ya llevándose al sol:

Adiós.

Crescencio- Oiga. Espérese. ¿Me da un poco de agüita para el nene?

Jeremías- ¿Nene? ¿Qué nene? Agua es un decir: eso es cloaca y plástico. Y yo, mejor ne voy yendo porque como le dije, tengo un compromiso.

Magallanes, empuje.

Jeremías se ha ido con sol y tarro. Regresa el sonido de las sirenas y, entre ellas, disparos.

Crescencio va a pegar un cartel más, pero se interrumpe:

Crescencio- ¿Estas ahí, no? Vení. No hay nadie. Se fue. Venga con la mamá.

Vamos, Blake, no se haga rogar. No era líquido, no...

Tirando de uno de los rayos el cartelero trae una tablita de madera con cuatro ruedas sobre la que está Blake, un lindo bicho de dos cabezas. El animal, completamente inmóvil, parece hecho de porcelana. Pero Blake es piel de trapo. Ni agua tampoco: miseria era. Dele, dígame algo. Yo le voy a conseguir para usted. No me llore. Como un joven de convicciones. Así me gusta. Ayúdeme con esto, ¿sí?

Crescencio va a terminar con sus carteles. Las sirenas y la balacera vuelven en oleada.

Jeremías está regresando. Crescencio oculta a Blake de la mirada del recién llegado:

Jeremías- ¡Criminales, vendidos, entregadores! ¡Están cargando contra los que se niegan a vender su voto! ¡Contra la multitud, a cielo abierto! Así que, el magno efebo, usted vaya preparándose, que todos esperan ese otro amanecer....

Crescencio se dispone a continuar su trabajo. Mientras Jeremías ata con cuidado al sol se oye

un disparo que, mortal, atravieza el aire:

Jeremías- ¡Le han dado al sol, asesinos! ¡Se me desangra! ¡El vendaje! ¡Oh, no: se me acabó! ¿Y qué hago?: con un pedacito amanecer me las arreglo, ¡pero falta cuánto! ¡De dónde saco, ahora!: ¡Usted!: ¡Usted dijo que llevaba vendas!

Crescencio- ¿Yo? ¿Cuándo?

Jeremías- ¡Apure!

Crescencio- ¿Dónde la habré puesto? Este botiquín, tengo que poner un poco de orden, si no...

Jeremías- Ahí, justito. ¡Le debe sobrar de curar la luna! Un pedazo, nomás. Para que amanezca. ¡Vea, lo que le han hecho. Entregadores, son, porque la barbarie es otra cosa.

Jeremías comenzará ahora a atender al sol: la perforación de bala es grave y la herida está fea. Por eso, mientras la curación tiene lugar, lo mejor es conversar, cosa de aplacar nervios:

Crescencio- Y por qué usted lo trae...: al sol, me refiero. Y de dónde dice que...

Jeremías- De Gallegos. Para allá.

Crescencio- No conozco.

Jeremías- Rio Gallegos, en la Patagonia. Entre las rías. Ahí fue que tuve que encadenarlo, por que si no, ay, mi cielo: empetrolado, mire, vea, se me ahogaba. Y se me iba, se me iba, y hay zonas muy profundas, así que untado por el derrame de petroleo podría hundirse para siempre... ¡Y ahora, esto, nada menos!

Crescencio- Pura calamidad....

Jeremías- Tal cual. Así que me hice a la mar con bote de polizón y pude capturarlo, que si no... y tuve que hacerlo solo, porque los pescadores con esto de que cierran factorías, frigoríficos, procesadoras, ya no tienen sogas de más de metro y algo: la fríen, por porciones, para llevar algo a la mesa.... menos mal que encontré cadenas en el ancla de un naufragio, que si no... Pero, bueno, que le voy a andar explicando. Si me alcanza del vendaje ése y un poco del fluido Manchester, que para este tipo de orificios estabiliza... Si me hace el favor...

Crescencio- Faltaba más, sírvase.

Jeremías- ¿Se salvará? Mírelo: perforado por un balazo mezquino.

Crescencio- Anónimo.

Jeremías- No, don...

Crescencio- Crescencio. Meteorólogo. Para servirte.

Jeremías- Jeremías. Temporario, oficios varios de a plazo fijo o en cuotas. De a ratos, casual, de a lo que haya o por ilusión. Mucho gusto. Y a sus órdenes. A ver, ayúdeme, téngame de esta cadena. Eso es. A ver si puedo bajarlo un poco. Medio afiebrado parece que está. Usted me decía, "balazo anónimo". No, Crescencio. ¿Dónde ha visto usted balas anónimas? Este es campo de asesinato, campo electoral.

Crescencio- ¿Lo ayudo? Jeremías- ¿Y qué cree que estoy esperando? ¡Apúrese! ¡No! ¡No me suelte que casi lleigo! ¡Pinza! ¿Cómo va a hacer Crescencio ahora para, sin soltar la cadena, correr a su botiquín a buscar lo que el cirujano Jeremías le encomienda? Es algo que no tiene cabida en una acotación escénica, créanme: ¡Pinza, Crescencio! ¡Pinza!

Crescencio- Aquí tiene.

Jeremías- Qué hace, Crescencio. Qué me está alcanzando. ¿No está viendo el tejido que interesó el

proyectil? ¡Pinza curva, Crescencio. Rápido!

Crescencio- ¿Ésta? ¿O ésta? ¡Aquí está, tome, Jeremías!

Jeremías- Gracias. Deme. ¡Pero, no, no! ¡Esto es un separador!

Crescencio- Disculpe, doctor. ¿Y con esto?

Jeremías- A ver, espérese. Así, ahí está queriendo. Viene, ahí viene. Mire como sale. Obturación, ahora.

Y Crescencio, solito mi vida, le va alcanzando curitas y vendaje al facultativo, quien procede simultáneamente hasta que el sol queda hecho una preciosura, dicho esto dentro de la gravedad de su estado.

Aquí tiene la bala anónima. Mírela bien. Otros la llaman bala de goma.

No, Crescencio. No hay balas anónimas. Todas tienen nombre y apellido, dirección y remitente, porque el destinatario siempre es el hambre, la necesidad....

Vuelve a escucharse la sirena ahogando el horizonte entre la balacera tupida: ...y las libretas de desocupado. Lo que no es anónimo es esa porción de sogas que los pescadores en la Patagonia le dan a sus criaturas: la pasan por rebozador medio harina de coirón, medio concha molida. Y no es anónimo porque tampoco alcanza.

¿Hay balas, Crescencio? ¡Entonces, estos carteles están disfrazados! ¡Porque las papeletas del voto no las escribimos ni usted, ni yo, ni los ilusionados, ni los estafados! ¡No, no va, la cosa: un balazo más al cuerpo y el sol, mire, no me lo aguanta! ¡No va más, no pego un solo cartel más! Así que, mire, vea, para mí esto se terminó. ¡Voy a acabar con carteles y papeleta tramposa! Elecciones, cómo no: se arreglan entre ellos. Así que, Crescencio, no hay tiempo que perder, llega la madrugada y la elección no se abrirá. Se terminó el pegar carteles para mí... ¡Basta! Un balazo más al cuerpo y el sol no lo va aguantar. ¿Eh, solcito compañero? Diga que la hemorragia parece que paró, ¿eh? ¡El quiere poner el pecho, abierto, cada mañana, pero no para trabajar de colador!

Jeremías sale a las corridas. Vuelve, hace un cucurucho con un cartel, se apoya

en un ladrillón, le saca un poco de empetrolado al sol y desaparece, otra vez, a la carrera:

¡Esto va a venir muy bien!

Crescencio- ¿Adónde vas? ¡Hay que ver el servicio de guardia médica que tenemos, hoy! ¿Viste, Blake?. No hay ranura por donde el sol meta, de voto, la bala que lo perforó. Y un balazo a la luna y ahí sí que cualquier enamorado tiene que ir y hacerle respiración boca a boca.

Jeremías tiene razón. Es verdad.

¡Así que, basta de carteles, nosotros también! ¿Qué le pasa? Ah, usted tiene una necesidad: dónde podrá ser. Esperá. Acompañame.

Crescencio toma el carrito de Blake y sale a las disparadas. Regresa Jeremías:

Jeremías- ¿Crescencio? Mire, aquí traje, papel y lápiz para hacer una papeleta: Vea, yo anoto la mía: primero, Crescencio; en segundo lugar, Magallanes. Así se comienza. Y para esos votos, los otros, enlutados porque tampoco son anónimos: una pira grande. Después, con el tiempo, habrá que conseguir, de nuevo, lápices y papel, que alcancen para todos, y así que cada uno escriba su voto propio, el que le dicta su propia conciencia. ¿Crescencio?

Aquí lo tenemos a Crescencio de regreso. Trata de esconder a Blake de su vista:

¿Adónde fue?

Crescencio- Un paseíto corto: al mingitorio.

Jeremías- Ah. ¿No lo vió a Magallanes?

Crescencio- ¿Quién?

Jeremías-No, no me haga caso. Un amigo. Va a ayudarme, sabe, son muchas las papeletas, demasiados los carteles de la campaña que hombrar. Vamos a quemarlos, hay que terminar con todos. Pesan lo suyo. Y quiero llevarlos de los depósitos al descampado y ahí... se acaba todo el fraude. Así que, lo primero es ir preparándole a mi amigo un lugarcito....

El lugar es la saliente de otro ladrillón; hay que asearlo un poco, eso sí. Pero

Jeremías sabe hacerlo a la perfección.

¿Me alcanza la palita, Crescencio?

Crescencio- ¿Esto? Tome. ¿Qué está haciendo?

Jeremías- Es para Magallanes, ya le dije. Oiga, de paso, me pareció o vi mal, pero usted andaba llevándose una cosa. Crescencio.

Pero Crescencio se ha encerrado en un mutismo grave y trata de esconder a Blake.

Crescencio, ¿no me oyó? Crescencio. Oiga. Lo que tiene ahí... No esconda, muestre.

Crescencio presenta, entonces a Blake. Lindo, Blake, con sus dos cabecitas:

¡¿Y eso qué es?!

Crescencio- Blake. Éste es Blake.

Jeremías- ¡¿Qué clase de monstruo es?! ¡LLéveselo! ¡Vamos, sáquelo!

Crescencio- ¿Sacarlo? ¿Y adónde y para qué? Blake, fiel amigo: ¿no se trata de interpretar el mundo, porque el mundo material perceptible por los sentidos es la única realidad? Linda pregunta. ¿O, no, Blake? Lo que pasa, Jeremías... pero qué vas a entender, vos. Es que le está por salir la tercer cabeza. Imaginate. Y yo sé cuando le está por salir una porque se pone nervioso, no quiere comer, no dirige la mirada.

Jeremías- Me doy cuenta.

Crescencio- Además, con lo tímido que es.

Jeremías- No, si, por supuesto. Ahora, dígame, Crescencio, ¿cómo le vino?

Crescencio- En la mina. En el Amazonas. Alguien en la galería que sabía de artritis rematoidea me dijo lo que era: uno, por la duración del trabajo o su grado de extensión; dos, por su grado de intensidad según el cual son consumados en el mismo tiempo diferentes cantidades de esfuerzo y, tres, por su grado de productividad, por la cual, la misma cantidad de empeño produce diferentes cantidades de elementos en el mismo tiempo. Eso hasta que llovió, ¿no?

Jeremías- Perfecto, sí. Por supuesto. Pero mire, no se deja tocar.

Crescencio- ¡Y que quiere, si no lo conoce! Deje que se amigue, que entre en confianza.

Jeremías- Hola, Blake. ¿Sonrió? Eso que me estaba diciendo, ¿lo de Crescencio... es...?

Crescencio- Cruza de veneno con un yagueté perspicaz en la orilla izquierda del Araguaia: herbicida a mansalva para asesinar el Amazonas. Jeremías- ¡Mire, sí, me sonrió! Y con la conversación Magallanes se me debe haber quedado dormido en la baulera.

Crescencio- Eso oí, que lo andabas llamando. ¿Pero dónde está ese tal Magallanes?

Jeremías busca la cajita en su morral.

Jeremías- Acá.

Crescencio- ¿Dónde?

Jeremías- Acá. Fíjese.

Crescencio- Acá no hay nada, Jeremías.

Jeremías- Ya me parecía a mí... Pero cuatro ojos ven más que dos. ¡¡Magallanes!! Vamos, Magallanes, que ya te preparé el cuarto. No me hagas esto otra vez: ¡¡Magallanes!! Córrase, Crescencio, déjeme ver si no está por ahí...

Crescencio- Pero, por favor... Dígame, si no es mucha indiscreción, ¿quién es Magallanes?

Jeremías- Schh... más bajo. Que si algún ruido lo despierta cree que está en altamar.

Crescencio- De acuerdo, de acuerdo. Pero, ¿quién es?

Jeremías- La pulga.

Crescencio- Ah.

Jeremías- La pulga de Magallanes, ese extraordinario navegante. Ella viajaba en la Santiago, una de las naves, durante la primera vuelta al mundo. Pero la Santiago naufragó. Sólo la pulga se salvó. Eso sí: perdió el sentido de orientación. Fuerte la tormenta: "A estribor, a babor", y bueno: se mareó. Al tiempo me confesó que ya me había visto mientras ataba al sol con la cadena. Cadena de naufragio... Crescencio- Habrase visto. Jeremías- Pero para mí fue de casualidad que nos encontramos en territorio del Rio Negro, buscando trabajo en una curtiembre de grillos.

Crescencio- Trabajador, Magallanes.

Jeremías- Desorientado, el pobre. Nunca se curó. Es por la impresión que tuvo y

mire que el naufragio fue hace años.

El sonido de las sirenas vuelve impregnado de furia balacera y metralla.

¿Oye?: han descubierto faltantes de boletas. Magallanes me va a ayudar a armar la pira para la quema: hay que seguir, falta todavía. Crescencio, me parece que Blake gruñó.

Crescencio- No, discúlpeme. Blake no gruñe. Habla.

Jeremías- Ah.... Debe ser el silencio. Le llaman veda política en víspera de elecciones. Así pasa con cada una. Entonces las madres llevan los cuerpos de sus hijos a las fábricas. Donde antes había obreros, ahora hay cadáveres y herrumbre. Y en la oficina, en la puerta del local, ahí se forma la cola, larga y triste como madrugada de ciego, y usted sabe ya qué nos dan ahí por pegar carteles: "In centavo el cien", le dicen. Y usted contesta: "Pero yo hice ciento sesenta", y ahí responden siempre lo mismo: "Que una campaña electoral es campaña de alfabetización, la mayor": políticos grandes, políticos chicos: dicen lo mismo como rezo. Y está el generoso: "¿Vos pegaste ochenta y siete?": "Tomá dos centavos, pero que no se enteren los demás. Y un vale, por tiempo extra".

Crescencio- Sí, ya le comentaba a Blake, como es: en la mina, en el Amazonas, igual: un vale. Y vos vas y te lo canjean por necesidad.

Jeremías- Escúcheme, Crescencio. Me parece que...

Jeremías, cariñoso, se acerca a Blake despacito. Crescencio- Oíme, que hacés.

Jeremías- Blake, bonito, quedese ahí. Quietito.

Jeremías toma el rayito y arrastra el carrito de Blake. Detrás, intrigado,

Crescencio:

Venga para acá.

Crescencio- Jeremías, ¿qué bicho te picó? ¡Escuchame, vení!

Jeremías- A mí, ninguno, pero a éste, seguro que Magallanes. ¡¿Dónde puede ir una pulga si no?!

Crescencio- ¡Qué me está diciendo, ignorante! ¡Quietito, ahí!

Jeremías- Él la tiene. Seguro, Crescencio. Se la ví: ¡se rasca y todo! Venga, Magallanes, tenemos trabajo usted y yo.

Crescencio- ¡Esto es un insulto. Una afrenta! En quién creí encontrar razón,

encuentro escasez. Y de la peor. Vamos, Blake, seguimos llevando nosotros los carteles al descampado. ¡Terminamos y nos vamos!

Jeremías- Se van. Los tres se van. Total, que me parta un rayo. ¡Me dejás, eh, Magallanes!

Crescencio- ¡No digas barbaridades! Además de escaso, corto: ¿Qué rayo? ¿Dónde? Claro de luna. Dicho lo cual, el meteorólogo, tras reunir sus pertenencias se aleja tirando siempre del carrito. Jeremías encuentra un librito en su morral:

Jeremías- ¡Ya vas a volver, Magallanes! Para la ocasión, mejor será leer un poema. Y, después, a seguir con el trabajo: los versos acompañan, no porque la soledad sea vieja, sino porque la soledad es miope: y es que al perder los lentes tuve que aprender a leer de lejos, nomás. El libro allá y yo aquí. Es así. En una oportunidad como ésta, el de la página 17. El verso busca palabras que se pierden en el corazón. ¡Esperá, no te vayas, Magallanes, escuchá que lindo, éste, que te gusta...!

"En la misma medida en que sea abolida
la explotación de un individuo por otro,
será abolida la explotación de una nación por otra.

¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender
que toda modificación sobrevenida en las condiciones de vida,
en las relaciones sociales,
en la existencia,
cambia también las ideas, las naciones y...?"

Con su terrible y atronador vozarrón, Magallanes interrumpe la lectura del marino:

Magallanes- ¡Ya, te callas! ¡Otra vez, tú, con esas décimas mal escritas y peor dichas! ¡Cállate, que no te soporto!

Jeremías- Magallanes... Magallanes, ¿dónde estás?

Magallanes- Aquí, hombre. De vigía.

Jeremías- Pero, dónde. ¿Dónde?

Magallanes- ¡Pero, aquí, te digo! ¡En la luna, dónde va a ser!

Jeremías-¿Eh? ¿Magallanes, vos, en la luna?

Magallanes- Pues sí, fijate. Ya que tu no me quieres regresar a Andalucía, pues, me vine para la luna. Al menos eso.

Jeremías- ¿Y qué se vé, decime: las murallas de Castilla, una plaza de toros, el puerto de Palos?

Magallanes- Qué va. De aquí, lo que veo yo, es un paredón cruzado de angustias, el sol colgado y tu cara de tonto. Y déjame de mirar así que no tengo dulces, yo.

Jeremías- Magallanes, contame, ¿cómo es la luna?

Magallanes- Llena de cicatrices y lastimaduras y papelitos escritos, desparramados entre los cráteres.

Jeremías- Lo que decía Crescencio: promesas de enamorados.

Magallanes- ¡A ese tío ni me lo nombres!

Jeremías- ¿Por...? Magallanes- ¡Ese bicho que tiene mira mal y es medio sordo!

Jeremías- ¿Blake? ¿Así que también es sordo? ¿¡Qué dicen los papelitos de la luna, decime!?

Magallanes- Que, qué dicen. ¿Qué dicen me has preguntado? Y yo qué sé. ¿O es que no sabes tu que con el mareo se me han mezclado las letras y no puedo ya leer?

Jeremías -Claro que podés.

Magallanes- ¡Joder!¿Pero tu no ves que para acordarse de todas las letras, tu sabes, alguna hay que se me olvida?

Jeremías- Magallanes, nos vamos, ya. Qué pasa, por qué no me contestás.

Magallanes- Estoy eligiendo... Ésta si que está buena. Aprende tú:

"En mi puedes imitar ese tiempo del año
en que no existen hojas, o algunas amarillas
penden de aquellas ramas, que el viento agita,
coros en ruinas donde, ha poco, cantaron dulces pájaros"

Jeremías- ¡Otra, otra!

Magallanes- ¿Que soy, tú te crees, un lacayo?. Espérate, espérate: "Bésame, bésame mucho, como si

fuera esta noche la última vez...".

Francamente, la pulga no tiene dotes naturales para el canto:

Jeremías- ¡Bueno, basta, Magallanes! Ahora, bajá. Vamos a hacer una fogata con toda esa papelería electoral hecha de fraude. Están ahí Crescencio y Blake. Los cuatro juntos, lo haremos antes de que abran el comicio. Bajá de una vez...

Magallanes- Ni lo pienses.

Jeremías- ¡Vamos! Cuando volvemos tenés tu cuarto preparado. ¿Está lindo, no? Confortable. Limpito. ¿Acá está, ves?

Magallanes- Olvídate. Aquí me quedo.

Jeremías- Pero, no, Magallanes. Tu catre, mirá... Magallanes- ¡No me interesa el catre! Pues yo, aquí, ahora, vivo en un mascarón de proa.

Jeremías- ¿Cómo?

Magallanes- Un mascarón de algún naufragio, fijate. De metal noble y con unas letras grabadas.

Jeremías- ¿Y qué dicen? Magallanes- ¡Mira que terco eres, eh! Lo última que te leo y luego, a descansar. ¿Me has entendido bien?

Jeremías- Sí.. acá está tu habitación preparada. Pero descansar ahora no podemos. Después.

Magallanes- ¡Te leo o no te leo, porque si no, te mando con los sarracenos!

Bueno, aquí, en el mascarón está escrito... mira que es difícil, ésta. Espérate, que aquí se me han olvidado unas

letras. Ah, ya está: Sputnik.

Jeremías- ¡¿Qué?!

Magallanes- ¿Te quieres callar, ya? Ahora tengo que decir mis oraciones al ángel de la guarda.

Jeremías- ¿Cómo dijo? ¿Sputnik?

Magallanes- Lo que oíste. Y ahora, déjame tranquilo. Vete. Sigue tu camino, buen hombre. Anda, Jeremías, vete. Anda. ¡Ah, y llévate esas décimas maltrechas y siflonas!

Jeremías- ¡Qué sabés vos de lírica. Por supuesto que me voy!

Dicho lo cual, Jeremías escribe, cortito, un cartelito que colgará, acto seguido, de la saliente del ladrillón donde se encuentra el primoroso mono-ambiente de la pulga: "Cuarto se alquila- Precio módico".

¡Lo haremos nosotros, sin tu ayuda! Duro trabajo. Sabés, Magallanes, escuchame bien: yo creí que vos, conmigo, habías aprendido lo que es la solidaridad.

¿¡Escuchaste!!?

Un instante después se prepara para llevarse el sol. Va a liberar al Magno Efebo de sus cadenas, pero, no. Sólo hace otro cucurucho de papel y mete más empetrolado:

El empetrolado éste va a venir muy bien. Tapa lo que sea y endurece, en un instante... Después busca su libro, elige una página y, recitando bajito, se aleja entre la oscuridad y la balacera lejana:

"¿Los trabajadores no tienen patria?

¿No se les puede quitar lo que no tienen?

Deben elevarse a la condición de clase nacional, Constituirse en nación...."

Empujado el carrito, he aquí de regreso a Crescencio. Se diría que los semblantes de Blake no son los mejores:

Crescencio- Vamos, Blake. Arriba ese ánimo. Ese es mi bicho. Ya va a salir, solita, como salió la segunda. Aguánteme, que voy a ver qué tengo.... No me mire así, compañero, que bastante trabajó cargando: usted boletas, yo carteles.

Pero, bueno, tiene que entender, hay que cuidarse, ahora. ¿Contracciones...?

Acá le voy a poner esa pasta de yacaré, con miel de castus de Goiânia. Y le agregué raspado de cayo izquierdo de cienpiés. Es ese poco que me había quedado de la segunda cabecita, ¿se acuerda? Mientras, usted haga otra fuercita.

Puje, caramba. No me mire así. ¿Nos tendríamos que haber quedado en las minas a cambiar promesas por desesperación y desesperación por fiebre? "Lo tomás o lo dejás": a eso llaman libertad los patrones. Pero la libertad para morir de

hambre no es libertad. Va mejor. ¿No es cierto que sí? Aquí tiene la preparación.

Tómesela. Tómesela, le digo. Ahí está. ¿Rica? ¿No? ¿No es rica? Pero usted se la va a tomar toda. Ahora hay que esperar un poco. ¿Y? Puje otro poco. Te doy más y con esto va a salir la tercer cabecita, va a ver. De a cachitos.

Las sirenas vuelven a oírse en su canción de agonía.

No escuche, usted. Quédese tranquilo, Blake. Ya sale, ya: lo que pasa es que la nubosidad ambiente. Capaz que sea tormenta y eso le afecta. Crescencio se

asoma por encima del muro.

Déjeme ver: un cúmulus 800-26 diagonal 14 mil a cuatro mil kilómetros, fuerza tres diagonal cinco. Y, no, Blake. Nubosidad variable. Vamos, mire que de acá lo miro, yo. Hagame otro esfuerzo. No se me abandone. Es el remedio que no sirve, es eso. Y no es lo mismo dos cabezas que tres. ¿Adónde te llevo, Blake? ¿Adónde podrán atenderte? ¿Adónde encontraremos quién conozca, quién sepa? Alguien, más conocedor que uno...

No me digan que no lo adivinaron: ése, "más conocedor que uno", como lo expresa Crescencio en su desolación, no es otro que Jeremías, quien se está sacando un mameluco mugriento debajo del cual exhibe un guardapolvos médico, immaculado.

Jeremías- Disculpe la tardanza, Crescencio. Estuve repartiendo empetrolado. Y les abrí dos imprentas y estuve llevando carteles y papeletas, votos y consignas al clarito ése: ¡lleno está quedando...! ¡Terminamos de juntar todo y hacemos la gran fogata!

A continuación, el facultativo busca en el bolsillo su barbijo:

¡Ah, ja! Aquí tenemos al paciente, muy bien. Ya veo. Dígame, ¿qué temperatura?

Crescencio- Cerrus 800-26 diagonal 14 mil cero cuatro kilómetros de fuerza tres, diagonal catorce, doctor.

Jeremías- Me deja la meteorología para el informativo, ¿quiere? El paciente, digo. Prosigamos: temperatura corporal.

Crescencio- Alta.

Jeremías- ¿Duele, Blake? Blake, diga algo. Exprésese. Si no, como hago yo para conocer a fondo su sintomatología. Mago, no soy. Dígame, Crescencio, usted me dijo que él habla, pero ya ve: no responde, no dice nada, no se manifiesta.

Extraño, ¿no le parece? ¿Por qué será?

Crescencio- Una novia que lo abandonó. Eso fue. Desde entonces que no quiere hablar.

Jeremías- ¿Y de esto hace cuánto?

Crescencio- Y, calcule, la luna estaba en cuarto menguante. Así es que... y ya le había salido la segunda cabeza y todo. Así que ahora, con la tercera... Y no me

prueba alimento, doctor.

Jeremías- Bueno, con lo que me dice, el panorama está bastante claro. Aquí hay que operar de urgencia.. Hay que ayudarte a que salga esa cabecita, ¿eh, Blake?

Guapo, Blake. ¡Instrumental, enfermero!

Crescencio corre y al instante despliega el botiquín ante la atenta mirada del facultativo. De

paso, extiende los afiches a guisa de mesa de operaciones.

Perfecto. ¡Guantes!

Crescencio busca en el interior de su botiquín. Busca, pero no encuentra.

Crescencio- Es Blake que los anduvo mordiendo, así que la última vez los usé de regador.

Jeremías- Anestesia local.

Crescencio- Anestesia no hay doctor. Amnesia es lo que abunda: de la local, de la general, de la cómplice, de la involuntaria. Pero, anestesia, por acá no se encuentra, no...

Jeremías- Bisturí.

Crescencio- Con tal que no me lo haya sacado para pelar naranjas... ah, aquí está.

Jeremías- Ahora, Blake, vas a venir por aquí. Que se vea más claro el campo quirúrgico. Estese cerca, enfermero. ¿Blake? Si, va a doler. Pero es para que esa bella testa suya emerja con toda normalidad.

Crescencio- Quietito, Blake.

La intervención quirúrgica comienza. Se oye la balacera, entre jingles políticos, discursos, aplausos, vivas, bombos, bombas de estruendo, órdenes, contraórdenes, voces de alto y clamor de justicia. Jeremías y Crescencio, sumergidos en la labor que están llevando a cabo, no escuchan esa vasta sinfonía que, sin embargo, los envuelve y hace inaudible la conversación que sostienen durante la operación. El campo sonoro se diluye cuando el acto quirúrgico va llegando a su fin.

Jeremías- Bueno. Ya está.

Crescencio- Vió que bien se portó.

Jeremías. Cómo no. Por supuesto.

Crescencio- ¿Y, doctor?

Jeremías- Ahora a esperar un poco y le sale.

Crescencio- Sí.

Jeremías- Limpie el instrumental, mejor, ¿quiere?

Crescencio- Sí.

Jeremías- Y guárdelo.

Crescencio- Sí. ¿Y?

Jeremías- No sea impaciente. Llévase el botiquín.

Crescencio vuelve por detrás e insiste.

Crescencio- ¿Y? ¿Salió?

Jeremías- ¡No!

Crescencio- ¿No salió, entonces? A ver. Qué te han hecho.

Apenas si puede verse la belleza de vendaje que porta la criatura. Jeremías- Cállese.

Crescencio- ¡¿Y si está sufriendo?! ¿Cómo te sentís, Blake? ¡Hablá!

Jeremías- ¡"Hablá", dice usted: pero es que no te pronuncia palabra!

Crescencio- Ya no hay nada que hacer....

Jeremías- No, señor: la naturaleza, también conoce. Ya amanece, ¿no? Sígame, Crescencio.

Crescencio- Lo que diga. Vos me esperás, Blake. Haremos asueto electoral, con Jeremías. Antes que los comicios abran, los dos terminamos con votos, carteles, cartelones, cintas, volantes y...

Jeremías- Sí, Crescencio, eso está. Perfecto: lo terminamos en un santiamén.

Pero, me trae a Blake, también: apure, que el amanecer llega y se va: es justo el momento: busque las tijeras en el botiquín. Haga rápido.

Jeremías se coloca la cincha, se lleva el sol, toma las tijeras que Crescencio le extiende y los tres se van con desconocida urgencia.

Un instante después resuena el vozarrón que proviene de la luna:

Magallanes- Jeremías.

Nadie le contesta, por supuesto:

¡Respóndeme, hombre! ¡Dónde te has metido, zurrón! ¡Claro, para las décimas siempre tienes letra, pero para tu amigo Magallanes, ni una! Oye, Jeremías: es que hace frío, aquí, del lado oscuro, y para colmo de desgracias, el Sputnik éste, es todo de hierro forjado y qué: que no tengo cómo apoyarme, que se me ha metido el frío en todo el cuerpo y no encuentro dónde reclinarme. ¡Está todo congelado, Jeremías! Me he echado por manta esas cartitas y promesas, pero igual se sufre. El mareo no se me va, es más: creo que se me ha empeorado: ¡quiero bajarme, Jeremías! Quiero regresar contigo. Dime algo, que desde este lado no te veo, ¿me oyes?!

Un penoso silencio.

Este tío, sin alma, se ha ido y me ha abandonado. ¡Mira que si por descuido me caigo en un cráter, la culpa será enteramente tuya! ¡Ay, por qué en vez de pulga no habré nacido tigre de Bengala: con quien se las vería, éste!

La atmósfera de sirenas, gritos, órdenes, metralla, cuchicheos ininteligibles, se adhiere pesadamente al paredón. El silencio renace interrumpido un instante por un grito -tal vez, Jeremías- que hiere el aire y vuelve a fundirse en el mismo silencio. Llega Crescencio llevando el carrito: Blake luce ya su tercer cabeza cubierta de vendaje nuevo.

Crescencio- ¡Jeremías! Terminamos con tu vendaje, y despues, cuando justo íbamos sacando los últimos afiches, desaparece. ¿Y, Blake, qué se siente?. Estás buen mozo. ¡Vamos, Jeremías!

Llega Jeremías, trayendo con el sol con su vieja cincha y, entre las manos, un manojo de gasa

inmaculada:

Jeremías- Me demoré porque traje un poco más, Crescencio. Uno nunca sabe, si más adelante... ¿No es cierto, Blake? Le explicaba, Crescencio, para que usted lo haga más adelante, si es menester. Escucheme bien : usted toma un trozo del primer amanecer sobre el horizonte y corta aquí, corta allí, corta allá, según lo que usted va a necesitar, y después lo aplica sobre la herida y como está embebido de rocío, es es lo mejor. Ahora guarde la tijera y siempre téngala limpita, ¿sabe?

Crescencio- ¿Y si le pone un poco al sol? Fue herida de bala, Jeremías...

Jeremías- Donde hay bala hay cicatriz, Crescencio. Guardela, mejor.

Jeremías- A ver, Blake. Veamos un poco...

Jeremías se inclina sobre Blake y comienza a quitarle el vendaje:

Crescencio- Despacito...

Jeremías- No, esperate. Quieto. Quieto, Blake.

Crescencio- Quietito, hijo.

Jeremías- No. Hay que esperar. Cuando iba llevando el empetrolado para la quemazón, ¿usted vió lo que yo ví?

Crescencio- Me quedé al lado de él, Jeremías.

Jeremías- Digo, después que vaciamos el depósito. ¿Los vió? Eran los políticos, a los gritos, queriendo repartir documentos de identidad en las puertas del cementerio. Hoy es el día de los comicios, sí.

Crescencio- Los muertos no votan.

Jeremías- Eso fue lo que les grité: que los muertos no votan. Pero recuerdan.

Crescencio- ¿Y entonces? Jeremías- Y entonces pasó que aterrorizados, escaparon todos.

Crescencio- ¿Y los muertos?

Jeremías- Y, ellos, siguen durmiendo. Les quedaron sueños sin vivir.

Crescencio- ¿Ya estará, Blake?

Jeremías- No sé, espérese. Tranquilo, Blake. Tranquilo.

El que no está tranquilo es Crescencio, porque Jeremías comienza, muy lentamente a quitar la venda:

Muy bien. De a poquito. Eso, sí. No, no, Blake. Otra vez, vamos... así, así... a ver... ¡listo!

Crescencio- ¡Blake! ¡Hermoso! Tal cual. La recién nacida tercer cabeza de Blake es muy linda. Lo que la platea no podrá distinguir muy bien, lamentablemente, es si la tercer cabeza se parece más a la primera que a la segunda, o la segunda tiene un no sé qué de la tercera y la primera; o, también, si el hocico de la tercera es calcadito del de la primera. Pero, bueno, el público sabrá entender este tipo de dificultades; éste, por otra parte, es un momento de intimidad para

Blake, Crescencio y Jeremías y los espectadores, con la debida comprensión, saben sobrellevar instantes parecidos con pudor, impaciencia y corazón.

-¡Mi lindo bebé!

Jeremías- Estese quieto, Crescencio, ¿quiere? ¿No ve que es un recién nacido? Se va a asustar.

Crescencio- No pero si yo, lo que quiero...

Jeremías- ¡Qué es lo que quiere!

Crescencio- ¡Darle de comer!

Jeremías- ¡Ya le expliqué que el agua ésa no es agua!

Crescencio- Momento.

Lo que encuentra este papá ansioso en el revoltijo de su botiquín es una mamaderita:

Acá está.

Jeremías- ¡Pero no se la va a dar toda...!

Crescencio- Tome, para que crezca sanito...

Y Blake, con su tercer cabeza siempre tan inmóvil como sus hermanas, se vacía la mamadera

Jeremías- Hambre tenía.

Crescencio- Y, claro... Si yo le contara cuando nacieron las otras... Bueno, ahora a dormir.

Jeremías- Y sí, es natural, ¿cómo no va a ir a dormir, no? Panza llena...

Crescencio- Después de la comida, una siestita.

Jeremías- Y dónde lo ponemos, le parece ¿Allá? ¿Por allá? Le hacemos un corral con estos carteles, fíjese, los colocamos así...

Crescencio- A ver, permitime.

Y así, entre los dos, construyen, carteles mediante, un bonito pesebre, a buen reparo.

Cuando la tarea concluye, vuelve a escucharse a la pulga: Magallanes- "Los obreros se valdrán de su poder

Para ir arrancando a los patronos

Todo el acumulado...."

Jeremías- ¡Callate!

Crescencio- ¿Y eso, qué es?

Magallanes- "...para centralizar todos los instrumentos

De producción en manos del Estado

Es decir, de los obreros organizados en clase dominante..."

Jeremías- Magallanes, es.

Crescencio- ¿Magallanes?

Magallanes- ¡Tú, te callas, que no he terminado!

Crescencio- ¿Con qué no ha terminado?

Magallanes- Con mi nana. Para Blake.

Crescencio- ¿Nana?

Jeremías- Nana: canción de cuna.

Crescencio- Ah...

Magallanes- "...y así vendrá la multiplicación de las fábricas nacionales.

Y de los medios de producción..." Jeremías- Más bajo con ese vozarrón.

Magallanes le hace caso, cómo que no:

Magallanes- "...roturación de los terrenos incultos,

Y mejoramiento de las tierras

Según un plan general..."

Crescencio- Pero, ¿qué es lo que recita...?

Jeremías- Un poema. Lo que pasa es que a mí me gusta la poesía y él, de tanto escucharme...

Magallanes- Es que ése no sabe decir las. Un inútil. No le pone alma, le falta sentimiento. Anda, muéstrale el libro al señor Crescencio. Muéstrale.

Y Jeremías busca y encuentra en el morral su librito.

Jeremías- Éste, es.

Crescencio- Ah, mire. Pero no tiene tapas. ¿Y de qué autor es?

Jeremías- No sé. Tampoco tiene el título.

Magallanes- ¡Préstaselo, hombre!

Jeremías obedece.

Crescencio- Mirá las hojas lo viejas que son. Y fijate tiene una fecha... 1848...

Jeremías- Para mí, los versos... no sé... me encandilan... lo leo, lo leo y voy memorizando los poemas... Magallanes- ¡Décimas!

Crescencio- Ah, décimas. Muy bien. ¡A ver, Magallanes! ¡Por qué vos no te recitás otra!

Magallanes- ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡No ven que la criatura duerme!

Es así, Blake duerme. Prudentemente, en puntas de pie, Crescencio y Jeremías se van a otra parte mientras vigilan el sueño de la criatura y, como buenos padres, de tanto en tanto, mueven el carrito, acunando el bicho:

Crescencio- Vos me contabas del libro. ¿Desde cuándo lo tiene? Jeremías- Era de un peón golondrina que pasó por Los Antiguos, que después se lo pasó a un capataz minero de Río Turbio, el que se lo prestó a un petrolero en Comodoro. Y ahí lo confiscaron. Después lo encontró un puestero por Jacobacci, quien se lo prestó a un cura que decía misa en la Cordillera del Viento. Ahí lo sucuestran.

Crescencio- ¿Por qué?

Jeremías- Deben haber creído que no eran poemas, que era un misal. Y después apareció en una compra-venta en San Julián y así, nomás...

Crescencio- ¿Y, entonces? Jeremías- Y así fue, nomás. Crescencio- Pero, ¿cómo llegó a sus manos?

Jeremías- Después de terminada la tarea en alta mar, yo iba a clases, con otros marinos, en una bodega del puerto, en Gallegos. Me lo dio la maestra. Eramos varios, de noche.

Tal parece que Crescencio está celoso de esa educadora pública:

Crescencio- "La maestra".

Jeremías- Sí, yo me sentaba atrás de todo y ella nos leía poemas.

Crescencio- ¡¿La maestra, pegaba carteles, la maestra?!

Jeremías- Colgaba el mapa, en el pizarrón y escribía el nombre de los alumnos aplicados...

Crescencio- ¡¡¿Y cómo se llamaba la maestra.?!!

Con rubor Jeremías guarda silencio:

¡¡¿La maestra que leía los poemas, vos la mirabas y ella se llamaba cómo?!!

Jeremías- Ana Clara...

El sonido de un motor de camion que arranca, saca a Jeremías de su turbación.
Guarda con cuidado su libro. Ya empezaron.

Crescencio- ¿Eso que fue?

Jeremías- Fíjese.

Crescencio vuelve a asomarse por el paredón:

Crescencio- ¡Ahí están, Jeremías! Los políticos nos han encontrado. ¡Ya vienen!

Jeremías- No antes de que en el descampado meta fuego a todo lo que juntamos,

Crescencio. ¡¿Cómo no nos van a salir a buscar?! Les empetrolé los lanza-gases, y los fusiles, para que dejen de arrancar pobladores de las tristes tierras

cualquiera que encuentran de cobijo. Les empetrolé los megáfonos y las

cerraduras de los depósitos de basura proselitista. Les empetrolé los cables

aéreos que conducen imagen con mentiras y chantaje. Pero no alcanza, no. Oiga,

los camiones: son los partidos que hacen su comercio desparramando miseria:

colchones, chapas, bonos de almacén. Y buscan con eso, cambiar voto.

¡Promesas electorales!: el pan no se amasa con promesa, se amasa con derecho.

Además, ahora que la ley enviudó, no por vieja, sino por crimen, ahí están esos

charlatanes buscando casamiento. Sólo que el derecho no es una palabra, es

pelea. Nos han rodeado, muy bien, pero antes, ya veremos....

Jeremías busca en sus bolsillos, en su morral:

¿Oiga, usted vió mi caja de fósforos? ¿Eh? ¿No?. Queda un minuto y tenemos que

ir a que meter fuego a las papeletas, los carteles, las boletas. ¡Pero si yo los

tenía aquí mismo!

Un enorme resplandor, hecho de llamas y chisporroteos, asoma ahora por detrás

del muro, mientras se escucha el sonido de la gran quemazón. Enseguida, las

sirenas...

¡Todavía nos quedaban cajas para llevar, Crescencio! ¡Hemos fracasado. Se

acabó!

Crescencio se asoma y observa el horizonte encendido que crece constante:

Crescencio- ¡No, Jeremías! ¡Estamos ganando, arde todo! ¡Todo! ¡Las cajas ésas,

las que vos decís, también, miralas! ¡Y los políticos quieren apagar, pero no

pueden! ¡Lo hicimos, lo hicimos! ¡Ahora vienen para acá. Nos buscan. Han

encontrado el paredón!

Jeremías- Pero no entiendo, para mí que unas cajas nos faltaban. No puede ser.

¿Usted dice que...? Pero, lo de los fósforos, eso sí que no lo comprendo.

Desaparecieron. ¿Cómo pudo ser? Entonces, ¿quién encendió, quién sabía....?. No me explico.

Crescencio- ¡Blake!

Crescencio deja el paredón precipitadamente.

Jeremías- ¿Qué pasa?

Crescencio- ¡Habló! ¡Blake habló, Jeremías! ¿No lo oíste? ¡Me habló!

Jeremías- ¿Dice, usted?

Crescencio- ¿Qué tiene, mi hijo? ¿No puede dormir?

Jeremías- ¿Quién fue que lo despertó, eh? ¿Usted o yo?

Crescencio- Silencio. ¿No ve? Algo me dijo.

Jeremías- "Algo me dijo". ¡Crescencio, por favor! Usted es meteorólogo, conoce el lenguaje de la naturaleza.

Y quien contesta ahora es Blake, en su propio idioma.

Trataré de traducir aquí, con un juego de letras, la fonética de su muy breve expresión:

-Crysworfzss.

Jeremías- ¡Es cierto, habla!

Crescencio- ¡Mi bebé!

Blake- Crysworfzss. Crescencio- Bueno, como usted quiera, bebé.

Jeremías- ¿Pero, cómo? ¿Usted entiende lo que dice?

Crescencio- Por supuesto. Dice: "Salí. Correte". Así que, Jeremías, a salir y a correrse.

Blake- Crysworfzss.

Jeremías- ¿Y?

Crescencio- "Más allá. Para el costado. Del lado izquierdo"

Crescencio y Jeremías van "más allá. Para el costado. Del lado izquierdo".

Jeremías- Y ahora, ¿qué más quiere?

Crescencio- ¿Dijo algo, acaso? Ah. Pero él es así, enigmático.

Blake- Crysworkfzss. Crescencio- Si no entendí mal dijo "Ahora de la oreja a la cuarta y ahí, quietito"

Jeremías- ¡Yo no te entiendo, Blake!

Crescencio- Sencillo, contemos, mire: a partir de la izquierda: primera oreja, dos, tres, a la cuarta nos desplazamos un poquito y... aquí estamos.

Blake- ¡Crysworkfzss!

Crescencio- Sí, me quedo quieto. Te entendí todo...

Blake- Crysworkfzss.

Jeremías- ¿Qué dijo, ahora?

Crescencio- Que no es a mí a quien habla.

Jeremías-¡Ah, es a mí! Hola, Blake. Blake, estamos quietos, aquí, ¿ves? ¿Ahora, nos podemos mover?

No contesta.

¿Blake? Entonces, yo me muevo. Si él no quiere otra cosa... Crescencio- Sí, pero hay que estar atento.

Jeremías comienza a poner en orden sus pocos y tristes bienes:

Crescencio- ¿Qué está haciendo?

Jeremías- Me voy.

Crescencio- Sí, váyase, Jeremías. Váyase ahora, antes de que...

Jeremías-Sí, Crescencio. No voto. Y si voto, será con la papeleta que yo escribí: usted la encabeza.

Crescencio- Ah. Gracias. No sé si estaré a la altura...

Jeremías- Pero, igual tengo el voto marcado, como un naipe. No le voy a decir que el sobre ése que le dan, para el cuarto oscuro, no me vendría bien, porque tengo que enviar una carta; pero, no...

Crescencio- ¿Una carta, a la maestra?

Jeremías- Las carta se escribe y a veces es ella misma que no quiere partir, ¿no? Preguntador, Crescencio.

Crescencio- Ah, bueno. Perdone. Jeremías- Además, tengo algo que me quedó pendiente. Creo que se lo anuncié antes.

Crescencio- ¿Qué será? Disculpe el atrevimiento.

Jeremías- Le comento: Me voy al sur. A la Tierra del Fuego.

Crescencio- Ah.

Se oye ahora, con un sonido de megáfono: "Se recompensará toda información sobre Jeremías, alias marino, médico, changador, estudiante de letras, cartelero, repitente de actuación, minero. De profesión, desocupado. Sin domicilio fijo. Se reitera, se recompensará cualquier información...". Las sirenas y balacera se llevan la voz.

Jeremías- Le decía, Crescencio. Lo que pasa es que los empleados públicos de Ushuaia están por hacer una huelga. Me han llamado. Crescencio- ¡Una huelga! ¿De brazos caídos? ¿Activo. Por tiempo indeterminado?. ¿Con presencia en los lugares de trabajo? ¿Con asamblea permanente y movilización?

Jeremías- De esas, no. De las bravas, va a ser.

Crescencio- ¿Cuál sera?

Jeremías- Para el amanecer del día más largo del año la tienen confirmada: Van a sacar todos los expedientes de cada oficina. Y con cada hoja de folio de cada expediente, van a hacer un barquito. Más o menos iguales, los barquitos, ¿vió como son los folios, usted? Y entonces, van a echar los barquitos en la bahía de Lapataia.

Crescencio- Y vos, qué: ¿tenés que apadrinar los botecitos diciendo un discurso, leyendo unos versos?

Jeremías- No, a mí me toca conducir la flota. Aunque lo de los versos tampoco estaría mal.

Crescencio- ¿Y a dónde, si se puede saber, vas a conducir los barcos?

Jeremías- El adonde lo tengo. El cómo es la cuestión.

Crescencio- Este, Jeremías... ¿y cómo es la foresta, por allá?

Jeremías- Y..ahí tiene el ñire, el pino, la lenga... ¡Magallanes, vamos que ya salimos!

Crescencio- ¿Y el ramaje?

Jeremías- ¿Y...el ramaje? ¿Cómo decirle? Es... ¡Magallanes! Éste, en la luna debe estar, todavía: ¿dónde te metiste, Magallanes?

Crescencio- Dejá, dejá, que yo averiguo.

Crescencio mueve algunos rayos de plata y la luna sacude su somnolencia:

No. No anda por ahí, parece.

Jeremías- ¿Ah no? Este se metió en el lado oscuro .Magallanes, vení: ¡no digo ni un solo poema hasta que lleguemos, dale! Crescencio- Difícil, el lado oscuro.

Andan selenitas.

Crescencio deshace su cabello y termina por revelar su identidad. Es una bella pegadora de carteles, meteoróloga y mamá aplicada. Por lo demás, tal parece que a puesto sus ojos en Jeremías:

Jeremías- ¡Magallanes, no me dejes solo justo ahora....!

Crescencio- Eh...este...Jeremías: yo quería decirte, ¿no necesitás, digo, cuando la navegación comience con los barquitos de papel folio, a alguien que te informe la meteorología?

Jeremías, pura timidez y enamoramiento responde acto seguido:

Jeremías- ¿Un meteorólogo? ¿Y dónde puedo yo encontrar un meteorólogo por estas horas?

Crescencio- Sí, por los cúmulus, los cirus estratus, la visibilidad, los vientos, si llegan del sur, del este, la altitud de las olas, los estratus cúmulus, de qué diagonal vienen con los hectopascales y si hay fuerza 6, fuerza 7 o hasta 9, ¿me explico?

Jeremías- Crescencio, le pido, por favor, que me acompañe a Ushuaia. Sin su apoyo técnico, no soy nadie. Solo, no puedo conducir la flota.

Crescencio- Faltaba más. Espere que ordeno las cosas y llamo a Blake.

Jeremías- ¡Magallanes: estoy partiendo! Raro. Y eso que es marino, él también. ¿Listo, Crescencio?

Crescencio, al vuelo, ya reunió sus pertenencias. Ahora se dedica a tirar del carrito de Blake, pero éste no se mueve:

Crescencio- En marcha, Blake.

La meteoróloga continúa tirando del rayo que sujeta la tabla, pero por más fuerza que hace, nada:

Dale, Blake. Nos vamos a Tierra del Fuego. El ramaje no tiene tanta cerrazón allá y ya vas a ver que lindos claros de luna vamos a tener. Jeremías- ¿Qué ocurre?

Crescencio- No sé que le pasa. No se mueve.

Jeremías- Cómo que no se mueve. Tire del rayo ése, dele.

Crescencio- ¡No me diga! A ver, pruebe usted.

Y Jeremías, solícito, también lo intenta. Empeña todas sus fuerzas, pero no hay caso:

Jeremías-Y, sí. No entiendo. A ver, si entre los dos; capaz que....

Crescencio-¡Vamos, Blake! ¡Qué me está haciendo, bebé!

Ni siquiera la fuerza mancomunada puede algo: Crescencio y Jeremías terminan extenuados:

¿Qué pasa, Blake? Qué vas a hacer, solo, junto a un paredón cualquiera, sin nadie con quien conversar. A ver, explicame. Decime por qué: dame una razón.

Blake- Krysworfzss.

Crescencio- ¿Qué? "Ahora pasá de la oreja cuarta a la quinta". ¿Que es esto? ¿Un juego? ¿Es todo lo que tenés para decirme, después que te vi nacer, te crié, te alimenté, te hice alguien útil para la vida?

Crescencio toma un ramillete de rayos de luna. Jeremías suelta la cadenas que sujetan el sol a la saliente del paredón:

¿Usted me dice que por allá el enramaje no es tan tupido?

Jeremías- Mire, bien no lo sé. Pero lo que si tengo que decirle que por allá hay enamorados. Eso sí se lo puedo asegurar, Crescencio.

Crescencio- Sí, donde estratus cúmulus hubo, algún suspiro queda.....

Crescencio da un furtivo beso a su tímido enamorado.

Vuelve a escucharse la voz del megáfono: "Se reitera este servicio a la comunidad: habrá recompensa para quien encuentre a Jeremías, marginal, criminal peligroso, con probable destino para el sur del país. Va acompañado". El recién mencionado sale a la carrera para alcanzar a la meteoróloga. Un lento silencio. Blake- Cryswozfzss.

Magallanes- Pero si estoy quieto, Blake. Tu me dices, primero, de la oreja tercera a la cuarta. Luego de la cuarta a la quinta. Pues bien, aquí estoy. ¿Estás cómodo? ¿Tú me oyes mejor de ésta, verdad? Pero, bueno, uno se compadece de los sordos.

Blake- Crysworfzss.

Magallanes- No, hombre, no tienes nada que agradecer. Estuve haciendo gimnasia yo: llevando, una a una, esas cajas que faltaban hasta el descampado, ése. Pesadas, estaban. Claro, ahora ando con una pestaña media machucada por la quemazón. Es que prendí fuego a la montaña de papeles Yo llevé el fósforo para quemar todo. Lo tenía guardado en la cajita donde vivo. Y entonces, lo llevé al hombro. No pesan nada, los fósforos Y pasé completamente desapercibido. Fíjate cómo estarían los políticos de entretenidos, distribuyéndose favores y prometiéndose cargos a último momento, que ni me vieron pasar... ¡Y después, este desgraciado dice que no hay solidaridad! Oye, Blake. Oye, Blake. ¿Blake, me escuchas bien?

Blake- Crysworfzss.

Una enorme explosión. El paredón se derrumba. Jeremías y Crescencio con los restos construyen un barquito de hojas expediente. Colocan en el interior sus pertenencias, sin olvidar, claro está, ni a la luna ni al sol. Luego la navegación comienza.

La tablita de Blake y Magallanes se mueve, apenas:

Magallanes- ¡Anda, camina!

Silencio.

¡¡Bueno, pero para dónde!!

Blake- Crysworfzss.

Magallanes- Me alegra oír que por una vez eres razonable, hombre.

Blake- Crysworfzss.

Magallanes- Si. Eso es cierto. Jeremías dijo que era una flota entera que debía comandar. Y muy grande, si....

Silencio.

Es que no sé. Dime, francamente, ¿y si se produce otro naufragio? Qué dilema ¿Tu crees que Jeremías nos tomará?

Blake- ¡Crysworfzss! ¡Crysworfzss!

Magallanes- Bueno, está bien, tienes razón: tú irás de contramaestre y yo, de

vigía en el palo mayor, en la nave capitana, que ha de llamarse "La Victoria" como la del Gran Almirante. ¡Pero yo, de vigía, porque, ahí, en lo alto, al tío ése, no he de oírle recitar!

Blake y Magallanes, en su tablita, se acercan al barquito, porque la navegación, viento en popa, será larga, y la aventura marinera, para todos, recién comienza.

Apagón

Alejandro Finzi. Correo electrónico: finziveg@infovia.com.ar

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Octubre 2005

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar